no es mas la gloria de la carne, que un poco de heno, que luego se seca. Cómo se recrea en las riquezas, que tantas veces son à los hombres causa de la muerte? Cómo no miramos esto, y conocemos la vanidad, de todo lo que hacemos en la vida; sino es el aparejarnos para la muerte? Pero en ella lo verémos, quando no haya otro remedio, y nos dexen los bienes de la vida por necessidad, ya que no los quisimos dexar con merecimiento.

La muerte es una privacion general de todos los bienes temporales; un despojo tan riguroso de todas las cosas, que aun despoja al cuerpo de el alma. Qué sentimiento tiene uno, à quien han hurtado sus thesoros, ò confiscan toda su hacienda? Esto hace la muerte, por esso se compara al ladron; la qual, fuera de quitar la hacienda, quita el alma, y la vida. Pues lo has de dexar todo; para qué andas cargado, y rebentado en vano? Qué Mercader hay, que si supiesse, que en llegando al Puerto se havia de hundir el Navio, que cargasse de mucha mercaduria? En llegando à la muerte se ha de hundir para ti toda; para qué cargas, de la que no has menester para salvarte, y antes ha de ser de impedimento? Quantos en una gran tempestad, por no echar su hacienda al mar, ha tragado el mar à ellos, y à su hacienda? Quantos por tener muchos bienes temporales, se han perdido en la hora de la muerte, por no haverlos echado al mar, que aun quando los bienes los dexan, ellos no los quieren dexar, pensando mas en ellos, que en la salvacion de su alma, con grandes congoxas por dexarlos? Porque como dice San Gregorio: *Nunca se pierde sin dolor, lo que con amor se possee.* Escrive Umberto de un hombre muy rico, que estando ya para morir, hizo traer sus baxillas, y thesoro de plata, y oro, y hablando con su anima, la decia: Anima mia, todo esto te prometo, y que lo gozarás, si no dexas mi cuerpo, y mayores cosas te daré, muchas heredades, y sumptuosas cosas, con condicion, que te quedes conmigo. Pero como le apretasse mas la enfermedad, dixo con grande rabia: Pues no quieres hacer, lo que te pido, ni quedarte conmigo, encomiendote al Diablo. Con estas palabras espiró luego miserablemente. En esta historia se puede echar de ver la vanidad de las cosas temporales, y el daño que hacen, à quien las possee con demasiado afecto. Qué mayor vanidad, que no ser utiles en el trance de mayor necessidad, è importancia? Y qué mayor daño, que quando no pueden ser de provecho al cuerpo, son de daño al alma? Bastaba, lo que impiden la salvacion, quando se tiene en ellas puesta la aficion, paraque las abor-

*S Greg.* *Numquam sine dolore perditur, quod cũ amore possidetur.*

*Umber. in tract. de septemplici timor.*



aborreciessemos, y no solo las despreciassemos. Roberto de Licio escrive, que estando él amonestando à un enfermo, paraque se confessasse, y cuidasse de su alma; los criados, y domesticos, andaban muy solicitos por la casa, cogiendo cada uno, lo que podia: y el enfermo, que lo estaba viendo, y atendia, mas à lo que le hurtaban, que à lo que le decian de su salvacion, daba suspiros, y voces, diciendo: Ay de mi, ay de mi, que he trabajado tanto por adquirir riquezas, y ahora, que quiera, ò no quiera, las tengo de dexar, y me las arrebatan! O riquezas mias! O dineros mios! O joyas mias! Quien os ha de posseer? Y entre estas voces murió, sin hacer mas caso de su alma, que si fuera un Moro. Escrive tambien Vincencio Velvacense, de uno, que haviendo prestado quatro libras de moneda con condicion, que de alli à quatro años le havian de bolver doce; llegó quando estaba para morir un Sacerdote, que le exhortaba, à que se confessasse; pero no pudo sacar de el enfermo otras palabras, sino estas: Fulano ha de pagar doce libras por quatro; y refiriendo esto, murió luego. Escrive tambien San Bernardino, que estando persuadiendo el Confessor à un rico, que se confessasse, él no le decia otra cosa sino preguntarle: A cómo passa ya la lana? Quanto vale ahora? Y cómo el Sacerdote le dixesse: Señor, por amor de Dios, que dexe esso, y mire por su alma; el enfermo proseguia en informarse, de lo que passaba, en cosas de donde podia esperar ganancia, y decia: Padre, quando vendrán las naves? Han venido ya? Porque estaba tan metido en las cosas temporales, y en sus ganancias, que ni podia hablar, ni pensar otra cosa. Pero instandole mas el Confessor, à que mirasse por sí, y se confessasse, lo mas que pudo sacar de él, fue decirle: No puedo. De esta manera murió sin confession.

*Robert. de Licio.*

*Vin. in Specul. Moral.*

*S. Bernardin.*

Este es el pago, que suelen dar los bienes de la tierra, à los que mas les aman, que quando no se dexen, ò pierdan antes de la muerte, siempre dexan à sus amadores, y muchas veces les pierden. O locos hijos de Adán! Que dandosenos esta breve vida para adquirir los bienes de el Cielo, que han de durar eternamente, la gastamos en buscar los de la tierra, que han de perecer luego! Por qué perdemos tiempo en lo temporal, y no logramos con el empleo de breve tiempo una eternidad, donde no hemos de tener mas, que lo que huvieremos merecido en esta vida, la qual se nos dá solo para grangear gloria por toda una eternidad? Cómo no haces nada de esto, y solo te ocupas en las cosas temporales, que luego has de dexar, y negocios de este mun-

mundo, de donde luego has de salir, y entrar en nueva region de lo eterno? Menos serian mil años respecto de la eternidad, que un quarto de hora, respecto de sesenta años. Por qué nos descuidamos en tan breve tiempo, que se puede vivir, de adquirir, lo que ha de durar por los siglos de los siglos? La muerte es un momento entre el tiempo, y la eternidad; paraque en ella se tenga en tiempo negociada la eternidad, no nos descuidemos de esto; acordemonos, quanto importa morir bien, y que nos hemos de morir, paraque viviendo bien, muramos bien.

§. III.

DEmás de esto, aunque muera uno lo mas dichosamente de el mundo, basta vér su cuerpo muerto, en saliendo el alma de él, quan feo, y espantable queda el miserable cadaver, que aun los mas amigos huyen de su presencia, y no se atreverán à estár solos con él una noche. Los mas parientes, y obligados, luego le procuran echar de casa con sola una vil mortaja, y metido en la sepultura, à dos dias se olvidan de él; y el que no cabia en grandes Palacios, cabe en aposento tan estrecho, como son siete pies de tierra. El que se acostaba en camas regaladas, y ricas, tendrá por cama el duro suelo; y como dice Isaías: Tendrá por colchones la polilla, y por cobertores los gusanos; las almohadas serán quando mucho los huessos de otros muertos, y cubierto de tierra, y con una losa encima le satisfarán, cebandose entre tanto en sus carnes los gusanos, mientras sus herederos triunfan con su hacienda. El que exercitó las armas, y danzó en festivos saraos, estará inmobil, y frio, sus manos sin movimiento, y todos sus sentidos sin vida. El que con su imperio, y sobervia queria atropellar à todos, será pisado de todos. Considerese uno despues de ocho dias muerto, como estará, y quan horrendo espectaculo apareciera si le abriessen la sepultura. En qué se diferenciaría de un perro muerto lleno de gusanos en medio de un muladar? Mira, pues, à quien regalas; à un cuerpo, que puede ser, que dentro de quatro dias sea comido de gusanos asquerosos. Sobre que fundas tantas fabricas de vanas pretensiones? Todas son torres de viento; pues se fundan en un poco de tierra, que convirtiendose muy presto en polvo, caerá todo el edificio, que estaba sobre el edificado. Mira, en que pára la grandeza humana; y como no es menos miserable, y asqueroso su fin, que su principio. Sirvate esta consideracion para despreciar todas las cosas de la vida, como ha servido à muchos Siervos de Christo para em-



*Alexan. Faya t. 2. Joan. verbo Mars. Ex. 21.*

empezarlo à ser. Escrive Alexandro Faya, que haviendose abierto el sepulcro, en que estaba enterrado un Conde muy principal, vieron los circunstantes, que estaba sobre el rostro de su Principe un sapo de extraordinaria grandeza, comiendole la carne, y le hacian compañia gran cantidad de feos, y asquerosos gusanos, y otras sabandijas, que les causaron tanto horror, que dieron à huir todos: lo qual como viniesse à noticia de el hijo de el mismo Conde, que estaba entonces en la flor de su edad, quiso ir à ver aquel espectaculo. Quando vió tanta podredumbre, y gusano, dixo: Estos son nuestros amigos, que criamos, y sustentamos con nuestros regalos? A estos hacemos descansar en camas blandas, en aposentos entapizados, y pintados? Y hacemos, que vayan creciendo con la variedad de guisados? Mas vale, que los maltratemos con el ayuno, y matemos con la penitencia, paraque muriendo ellos en vida, no nos persigan despues en la muerte. Con esto dexando su gran Estado, y las vanas pompas de el mundo, se fue huyendo, con solo un vivo deseo de ser pobre por Christo, teniendo esto por suma bienaventuranza. Vino à Roma, donde castigó su cuerpo rigurosamente, viviendo en el temor santo de el Señor, y exercitando oficio de carbonero, con que se sustentaba. Finalmente viniendo un dia à Roma para vender su carbon, dióle una grave enfermedad, la qual sufrió con maravillosa paciencia, hasta que entregó en las manos de el Señor su santissima alma, y al punto que espiró se tocaron por sí mismas todas las campanas de la Ciudad. De lo qual, como el Papa, y toda la Corte Romana se espantassen mucho, el Confessor de el difunto, persona de santa vida, dió cuenta de todo lo que passaba, y quien era el muerto: hallandose à la sazon en Roma Cavalleros, y Soldados de la casa de el mismo Principe, que andaban en su busca, y no hallandole vivo, llevaron su santo cuerpo muerto con gran contento à su tierra.

No causó menor efecto en el corazon de el bienaventurado Francisco de Borja, siendo Marqués de Lombay, la vista de la Emperatriz Doña Isabel, muger de Carlos Quinto, cuyo cuerpo difunto llevó para enterrar, à Granada. Hizo para entregarla destapar la caxa de plomo, en que iba, y tenia tan feo, y abominable el rostro, que puso horror à los presentes, sin atreverse à jurar ninguno, que aquella era la Emperatriz. Fue tan vehemente el hedor, que echaba de sí, que se retiraron los mas, por no poderle sufrir. Quien no vé aqui la vanidad de el mundo? Qué cosa de mas

respeto, y estima, que el cuerpo de un gran Rey, ò Reyna, quando viven; y ahora huyen de él quantas guardas, y Cavalleros le acompañan? Tienese por dichosissimo, quien se consiente estar cerca: hablanles de rodillas como à Dioses; pero despues de muertos, los desamparan, y se les atreven aun los gusanos, los sapos, y los perros. Buen testigo de esto, es la Reyna Jezabel, cuyo cuerpo regalado en vida, fue despues de muerto despedazado de los perros ignominiosamente. Pero bolviendo à nuestra historia, solo se quedó el Marqués alli, considerando, lo que fue la Emperatriz, y lo que entonces veía, diciendo entre sí: donde está ahora aquella hermosura de rostro, sino hecha podre, y gusanos? En donde aquella magestad, y gravedad de semblante, que hacia respetarse de todos, y tenerse por dichosos los Pueblos, que la veían? Ahora ha hecho huir à sus mas obligados. Donde el Imperio, y Cetro, sino resuelto ya en podre, y asco? Esta consideracion le trocó el corazon para despreciar todo lo temporal, y buscar solo lo eterno, determinandose de no servir mas à Señor, que se le pudiesse morir.

Esta misma memoria de la fealdad de un cuerpo muerto ha de servir para despreciar la hermosura de el vivo, como aconseja San Pedro Damiano, el qual dice: *Si el enemigo astuto te pone delante la hermosura deleznable de la carne, vaya luego tu pensamiento à mirar los sepulcros de los muertos, y atienda, qué se podrá hallar alli suave al tacto, y deleytable à la vista? Considera, que aquella ponzoña ahora hiede intolerablemente, que aquella podre engendra, y apacienta gusanos, que quanto hay alli de polvo, y ceniza, fue, antiguamente linda carne, que en su primavera estuvo sujeta à semejantes passiones. Considerense los nervios secos, los dientes desnudos, desbaratada la disposicion de los huessos, y artejos, toda la compostura de los miembros enormemente deshecha, y assi el monstruo de esta figura informe, y confusa, sacará de el corazon humano todo embeleso, y encanto.* Esto es de San Pedro Damiano.

*Petr. Dam. in Gemor. cap. 23.*

Todo esto ha de passar por ti à bien ser: por qué no lo consideras, paraque enmiendes tus costumbres? Este ha de ser tu fin; endereza à esto tu vida, y tus acciones. De aqui nacen todos los yerros de los hombres, que se olvidan de el fin de su vida, haviendole de tener siempre delante de los ojos, para ajustarla al cumplimiento de sus obligaciones. Con razon aquellos Filosofos, que llaman Brachmanes, tenian delante de las puertas de sus casas abiertos los sepulcros, paraque siempre que entrassen, y saliessen, se acordassen de la muerte, para vivir bien. En este sentido es muy verdadera la sentencia de Platon, quando dixo, que la sabiduria era la meditacion de la muerte; porque este saludable pensamiento de la muerte, nos desengaña de las vanidades de la vida, y da fuerzas para mejorarla: por lo qual debian todos los Christianos acordarse de su fin. Escriven algunos Authores, que como un Confessor no pudiesse alcanzar con sus persuasiones de un penitente suyo, que hiciesse penitencia de sus pecados, contentóse, con que le dió la palabra de hacer, que un criado suyo le avisasse todas las noches, al tiempo, que se fuesse à acostar, como se havia de morir, diciendo estas palabras: Piensa, en que te has de morir. Haviendo, pues, oído este recuerdo muchas veces, y rumiandolo profundamente en la cama dentro de sí, bolvió finalmente al Confessor bien dispuesto para admitir qualquier penitencia. Lo mismo sucedió à otro, que despues de haver confessado con el Papa casos gravissimos, y diciendo, que no podia ayunar, ni traer cilicios, ni hacer otras cosas de aspereza; su Santidad haviendolo encomendado à Dios, le dió un anillo, en que estaba escrito, *Memento mori*, acuerdate, que te has de morir; con cargo de que siempre, que le mirasse, leyesse las letras, y se acordasse de la muerte. Dentro de pocas horas la memoria de esto le dió tales, y tantas bueltas al corazon, que se ofreció à cumplir quanto el Papa le mandasse. Por esto mismo parece, mandó Dios al Profeta Jeremias, que se fuesse à la casa de un Alfarero, y alli oyesse sus palabras. Bien pudo embiar el Señor à su Profeta para hablarle, à otra parte mas limpia, y no tan cerca de el lodo, en el qual havia muchos hombres ocupados; pero hizo esto con particular mysterio, para darnos à entender, que à la presencia de los sepulcros, donde está el lodo de nuestra naturaleza, como en la casa de el Alfarero, es muy à proposito, que nos hable Dios, para oir mejor su palabra con la memoria de la muerte. Por esta causa procura el Demonio hacer, que nos olvidemos de ella; porque, qué otra cosa puede ser, que la sospecha sola de alguna pérdida, ò daño notable, suele quitar el sueño à los hombres; y que la certeza de la muerte, que es de las cosas terribles la mas terrible, no nos dé cuidado?

*Joann. Brom. in Sum. ver. Pœnitent. n. 12.*